

CAPÍTULO XIX.

DEL QUINTO GRADO DE LA VIA UNITIVA.

El quinto y último grado de esta subida, y postrer paso de esta vía unitiva es, que despues que el espíritu se haya unido con Dios, con un nudo tan estrecho como declaramos en el capítulo pasado, sea su amor tan varonil y tan esforzado, que pueda llevar cualquier peso y vencer cualquier dificultad, y despreciar cualquier interés, antes que apartarse del amor, y quebrantar sus leyes, y ofender, aunque sea muy ligeramente, á su amado ¹: «Sea su amor fuerte como la muerte,» que á la misma muerte no le huya el rostro, ni la vuelva las espaldas; y entonces la vencerá, si por el amor la sufriere. Sea su llama tan encendida, que si cayeren sobre ella muchas aguas y caudalosos rios de tribulaciones, no sea más que como el rocío que cae en la fragua, que se le sorbe la llama, y le consume, y se aviva más con él: esté tan sobre sí y sobre todas las cosas, que si le ofreciere el mundo todos sus haberes para despojarle del amor, lo ponga todo debajo de los piés, y lo desprecie como si no fuera nada. Pues luego cuando el amor con sus calidades que hemos dicho arriba llegare á tener estas fuerzas, no le queda más que desear, sino que crezca el amor, y crezcan las fuerzas, y crezcan las ocasiones de emplearlas por el amado.

¹ Cant. VIII, 6.

A esta caridad pertenece acomodarse con la pobreza, y admitir sin enojo la hambre y la desnudez, el frio y el calor, que son los compañeros que andan con ella, sufrir mansamente las injurias, llevar con paciencia las enfermedades, no desmayar en las persecuciones, tener longanidad en las tentaciones, llevar las cargas de los prójimos, no cansarse de sus condiciones, no indignarse con sus descuidos ni dejarse vencer de sus desagradecimientos, en las sequedades espirituales no dejar sus ejercicios ordinarios, y en las consolaciones y gustos, no por eso dejar de acudir á sus obligaciones. Finalmente, cada virtud tiene su carga que llevar, y sus dificultades que vencer; que por eso se llama virtud, porque da esfuerzo para las dificultades que se ofrecen en su propia materia: y así como la caridad encierra en sí todas las virtudes, así ha de tener fuerza para llevar las cargas de todas. Porque si la caridad es paciente y humilde, benigna y mansa, si todo lo cree y todo lo espera, y lo demás que dice el apóstol san Pablo en su alabanza ¹, necesario es que lleve las cargas de la paciencia, y las de la mansedumbre y benignidad, y las de la fe y de la esperanza, y las demás virtudes. Y todo esto ha de sufrir por no perder á Dios con un pecado mortal, lo cual pertenece á la caridad de los incipientes; y por no darle disgusto deliberadamente con un pecado venial, sino antes mortificando sus desórdenes hacerse cada dia más agradable á él con las virtudes, lo cual pertenece á la caridad de los proficientes; y por estar desnudo del afecto de todas las cosas criadas, y puesto en las manos de Dios y en su presencia, pronto para hacer su voluntad con solo deseo de agradarle á él, y descansando en él

¹ I Cor. XIII, 4-7.

sobre todas las cosas, lo cual pertenece á la caridad de los perfectos. Y por no desamparar esta caridad ni ser desamparado de ella, ha de tener ánimo y fortaleza para pasar todos los males y carecer de todos los bienes del mundo; y que pueda decir con el Apóstol ¹: «¿Quién será poderoso para apartarnos de la caridad de Cristo? ¿por ventura la tribulacion ó la angustia? ¿ó la hambre? ¿ó la desnudez? ¿ó el peligro? ¿ó la persecucion? ¿ó por ventura el cuchillo?» lo cual dice como quien desafia todos los males, y da á entender que su caridad es poderosa para vencerlos todos.

Pero veamos de dónde le vienen estas fuerzas á la caridad, y con qué palabras declaró esto el Apóstol: *Sed in his omnibus superamus propter eum, qui dilexit nos*. En todas estas tentaciones, adversidades y tribulaciones somos superiores por el amor del que nos amó. Mucho es de advertir, que en todas las tres jornadas que hemos declarado hasta aquí, el postrer paso pide constancia y firmeza. Porque en la primera jornada el postrer paso y el último grado es el temor de Dios, que ha de ser como el fiador para que los principiantes estén firmes, y no vuelvan atrás á los amores del mundo y deleites de la carne que han dejado ². Y en la segunda jornada, el último grado es la firmeza, y constancia en los primeros propósitos y en lo que está una vez bien determinado, como hemos declarado ya en sus propios lugares ³. Y en esta tercera jornada el grado más alto de la union con Dios, es éste que vamos declarando, cuando el amor ha cobrado tanta fuerza, y el espíritu está tan unido con Dios, que no son poderosas para desviarle de él, ni las prosperidades de este mundo, ni sus adversidades y tri-

¹ Rom. VIII, 35.— ² Libro I, c. 23.— ³ Libro II, c. 32.

bulaciones. Pues luego el postrer grado de cada jornada pide constancia y firmeza; porque ¿cómo podrá pasar adelante quien está vacilando para volver atrás? Y si no nos afirmamos en lo que una vez está determinado, y si no hacemos rostro á las dificultades hasta llegar á la ejecucion, todo se nos irá en andar y desandar, tejer y destejer, sin llevar jamás ningun propósito al cabo. Pues luego en todas tres jornadas es necesario sellar todo lo que se hubiere propuesto con constancia y fortaleza, para que nuestro aprovechamiento tenga efecto real y verdadero, y no se quede todo en el propósito ó en el pensamiento. Y aunque esto es así verdad, los motivos empero de esta firmeza son diferentes. Porque todos desean estar clavados con Cristo en la cruz, como lo estaba el Apóstol cuando dijo ¹: *Christo confixus sum cruci*: Estoy clavado con Jesucristo en la cruz; pero unos están clavados con clavos de temor, como los incipientes; otros con clavos de mortificacion, como los proficientes; otros con clavos de amor, como los perfectos. Porque los que empiezan, cuando se ven combatidos de alguna tentacion, se valen para no caer del temor del infierno; los que se van aprovechando para no desfallecer en las dificultades muchas y varias que se les ofrecen, se ayudan de la mortificacion, y de aquella violencia que los esforzados hacen para conquistar el cielo. Pero á los perfectos el amor los hace firmes, porque los hace superiores á todas las adversidades y prosperidades; y así no les alcanza la artillería que puede disparar el demonio y el mundo. Y esto es lo que dice el Apóstol despues de haber puesto en orden aquel ejército que

¹ Gal. II, 19.

hace temblar á los más valientes, de tribulaciones y de angustias, de hambre y desnudez, de persecuciones y cuchillos; y despues de haber desafiado todos estos enemigos, y áun despues de haber venido á las manos con ellos, y probado las fuerzas de todos; á todas estas cosas, dice, somos superiores por el amor de aquel Señor que nos amó. Como si dijera: Sólo el amor de aquel Señor que nos ama, nos hace despreciar todos los bienes y tener en poco todos los males de este mundo. Porque ningun mal hay tan grande, como dejar de amar, y ningun bien se puede comparar con el amor de aquel Señor, que así nos ha obligado amándonos primero.

Y la razon de esto está clara; porque, como dice san Dionisio ¹, el amor es extático, y éxtasi se dice que padece uno, cuando se pone fuera de sí; y propio es del amor sacar al que ama de sí, y ponerle todo en la cosa amada ². Por la parte que el amor saca á uno de sí es semejante á la muerte; y por eso se dice que el alma más está donde ama que donde anima. Y el apóstol san Pablo claramente dijo ³: «Ya no vivo yo, sino vive en mí Cristo.» Por la parte que el amor transforma en la cosa amada la hace semejante á ella, y que viva con el espíritu de ella; y de aquí es, que el que ama á Dios, en cuanto está muerto al mundo y á sí mismo, está libre de todos los males; y en cuanto vive en Cristo y por el espíritu de Cristo, está superior á todos los bienes; y así ni los bienes ni los males le pueden apartar de la caridad de Cristo. ¿Quién hay tan libre de todos los trabajos é infortunios de esta vida como lo están los muertos? Aque-

¹ Dion. de div. nom. c. 4.— ² S. Thom. I, 2, q. 28, art. 3.—
³ Gal. II, 20.

llos son tributos que pagan los vivos, con tanto dolor, que les hace aborrecible la vida; y estotra es exención y libertad de los muertos, que hace muchas veces que se desee la muerte. «La muerte, como está escrito en Job ¹, es aquel sueño con que generalmente descansan en silencio todo género de personas, los príncipes y los reyes, que edificaron casas de campo y las llenaron de oro y de plata, y los abortados, que no tuvieron nombre ni vieron la luz, ni ahora tienen memoria entre los hombres. Allí los impíos cesan de levantar alborotos, y descansan los que por falta de fuerzas andaban fatigados y oprimidos de ellos, y los que andaban huidos por deudas están allí quietos y sin que les dé molestia la voz del ejecutor.» De manera que la muerte los hace á todos iguales, y exentos de las molestias de la vida, y lo que inquieta á los vivos y apenas lo pueden tolerar, los muertos lo llevan sin sentimiento y sin dolor. Y por eso por ventura se dice, que el amor es fuerte como la muerte, porque sacándoles de sí los hace iguales á todos, y les quita el sentimiento de los males.

Pero si consideramos que el amor no solamente saca á uno de sí, sino que le une con Dios y le transforma en él, hallaremos la razon que vamos buscando, sin parábolas ni alegorías. Porque ¿qué hombre hay que si le dan la posesion de un reino entero la deje, ó porque le quiten una aldea, ó porque le prometan una ciudad? Porque la posesion de los bienes mayores, quita el sentimiento de las pérdidas y de las ganancias menores. Pues si el que ha llegado á este grado de union, halla en Dios todos los bienes con infinita perfeccion, ¿qué parte puede ser cualquiera otra pérdida ó ganancia para apartarle

¹ Job III, 13-18.

de la caridad de Dios? Y el mismo modo de hablar lo significa, cuando decimos que el amor de Dios ha de ser sobre todas las cosas. Porque si el amor de Dios es sobre todas las cosas, luego todas las cosas quedan inferiores y debajo del amor. Y así dijo bien el Apóstol ¹: «En todas las cosas sobrepujamos y somos superiores por el amor de aquel que nos amó.»

Aquel verdaderamente deseaba amar á Dios sobre todas las cosas, que decía ²: «Anima mia, sobre todas las cosas huelga siempre en Dios, que es la eterna holganza de los santos. Otórgame tú, dulcísimo Jesus, holgar en tí sobre todas las cosas criadas, y sobre toda salud y hermosura, sobre toda gloria y honra, sobre toda potencia y dignidad, sobre toda ciencia y sutileza, sobre todas las riquezas y artes, sobre toda alegría y gozo, sobre toda fama y loor, sobre toda suavidad y consolacion, sobre toda esperanza y promesa, sobre todo merecimiento y deseo, sobre todos los dones que puedes dar y enviar, sobre todo el gozo y dulzura, que el ánima puede recibir y sentir, y en fin, sobre todos los ángeles y arcángeles, y sobre la corte del cielo, y sobre todo lo visible é invisible, y sobre lo que tú, Dios mío, no eres. Que tú, Señor, eres bueno sobre todo, tú solo altísimo, tú solo potentísimo, tú solo muy suficiente, y muy lleno, y muy placentero, tú sólo hermosísimo y muy amoroso, tú sólo nobilísimo y muy glorioso sobre todas las cosas. En tí está todo bien perfectamente ayuntado, estuvo y estará, etc.» Todo esto es de este autor, con que en breves palabras resume todo el ejercicio que hemos platicado. Porque quien halla en Dios todos los bienes, le ama sobre todos; y amándole sobre todos, no será poderoso nin-

¹ Rom. VIII, 37. — ² Contemt. mundi l. III, c. 21.

gun bien ni mal para apartarle de su amor. Y así concluyó san Pablo ¹: «Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las venideras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios que tenemos por Jesucristo Señor nuestro.» Sobre las cuales palabras el bienaventurado san Agustin insiendiendo en la razon que hemos declarado, dice de esta manera ²: «Ninguno podrá apartarnos de la caridad de Dios amenazando con la muerte, porque el no amarle es la verdadera muerte; ni prometiendo la vida, porque el amarle es la verdadera vida. No nos apartarán los ángeles, porque estando unidos con Dios, más poderosos somos que los ángeles; no las virtudes que tienen poderío en el mundo, porque amando á Dios somos superiores á todo el mundo; no las molestias presentes, porque con el amor de Dios se hacen ligeras; no la esperanza de lo venidero, porque los que aman ya poseen todo el bien de presente; no nos apartará lo alto ni lo profundo, porque ¿qué me puede ofrecer el cielo para que me aparte del que fabricó el mismo cielo? Y ¿con qué me puede amenazar el infierno para que deje el amor de Dios, que si no le hubiera dejado no supiera qué cosa era infierno?» Todo lo sobredicho es de san Agustin.

Y con esto hemos acabado de declarar los pasos más principales de todo el camino espiritual, dividido en sus tres jornadas, purgativa, iluminativa y unitiva. Y porque nuestro santo Padre en la anotacion décima dijo que la via purgativa corresponde á los ejercicios de la primera semana, y la via iluminativa á los de la segunda; con ra-

¹ Rom. VIII, 38, 39. — ² De moribus Ecclesie, c. 11, t. 1.

zon se puede dudar si la via unitiva corresponde á los ejercicios de la tercera semana ó de la cuarta, ó á los dos, de lo cual trataremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XX.

QUE LA MEDITACION DE LA PASION, DE QUE SE TRATA EN LA TERCERA SEMANA, AYUDA EN TODOS ESTADOS Y EN TODAS CUATRO SEMANAS.

Si miramos la materia de meditacion que se propone en la tercera semana, y los afectos que se pueden sacar de ella, igualmente ayuda en todas tres vias, en todos estados y á todo género de personas. Porque la pasion de Cristo nuestro Señor, es la leche de los que empiezan, el manjar sólido de los que se aprovechan, y el descanso de los perfectos. Porque no hay otro motivo más eficaz para aborrecer los pecados, para aprovechar en las virtudes, y para crecer y perfeccionarse en la caridad y amor de Dios, como es la consideracion de la pasion de nuestro Redentor. Y porque de esto está mucho escrito en los libros espirituales, probarémos aquí solamente este intento por lo que nuestro santo Padre enseña en este libro de los *Ejercicios*. Primeramente, esta consideracion ayuda mucho á los que empiezan para conseguir el fin de la via purgativa, que es el dolor de los pecados. Por donde en el tercer prelude de la pri-

mera contemplacion de la tercera semana, se dice así ¹: *El tercero, demandar lo que quiero, será aquí dolor, sentimiento y confusion, porque por mis pecados va el Señor á la pasion.* Y en el sexto punto del mismo ejercicio dice así ²: *El sexto, considerar cómo todo esto padece por mis pecados, etc.* Y qué debo yo hacer y padecer por él. Así que mucho ayuda la consideracion de la Pasion para el aborrecimiento de las culpas que fueron causa de ella. Y con esta misma representacion y pensamiento procura nuestro santo Padre despertar al ejercitante á dolor en el coloquio del ejercicio de las tres potencias, que es la primera meditacion de los incipientes, y dice así ³: *Coloquio. Imaginando á Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido á hacerse hombre, y de vida eterna á muerte temporal, y así á morir por mis pecados. Otro tanto mirando á mí mismo lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz discurrir por lo que se ofreciere.* Donde se ve que tres veces tocó nuestro santo Padre en este coloquio, la meditacion de la Pasion, y en ella dió lugar á discurrir todo lo que se ofreciere en orden á sacar á vergüenza, dolor y lágrimas por los pecados, que era el intento de aquel ejercicio.

Pues cuanto ayude la consideracion de la Pasion á los proficientes, que están en la via iluminativa, no lo podrá dudar quien se hubiere ejercitado en ella. Lo primero debemos suponer que la materia propia de meditacion de la segunda semana, que corresponde á la via iluminativa, es la vida de Cristo nuestro Señor; la cual toda, y cada uno de los pasos de ella, desde que nació

¹ 3.^a Semana. — ² Ibid. — ³ 1.^a Semana.